

nos, a pesar de los filósofos, a pesar de los Césares, funda la Religión de Cristo: hace adorar al «judío crucificado», persuade a los voluptuosos a que practiquen la penitencia y puebla de vírgenes la ciudad disoluta..

Algunos años más tarde el apóstol muere sobre la cruz que ha predicado. Su muerte fija para siempre en Roma la sede de su imperio espiritual... Después de su martirio la Cátedra desde la cual ha enseñado, nunca queda vacante. Durante tres siglos la espada de los Césares hiere a todos los que la ocupan. ¡Pero su trigésimosegundo sucesor bautiza al César y enarbola la cruz sobre el Capitolio! En adelante la cruz de madera que Pedro llevó a Roma reinará sobre el mundo. ¡Un pescador triunfa de todo el poder romano que se encarniza en destruir su obra! ¡El mundo, en fin, adora a un «judío crucificado» y lo adora bajo la palabra de doce pescadores de Galilea!

Esto no era humanamente posible, y, ¡sin embargo, ha sucedido! La «locura» de que hablaba a Pedro el filósofo romano que le oía, la «locura de la cruz», triunfó del universo entero, y es... la «locura» de quinientos millones de hombres, al cabo de dos mil años...

¡He ahí el monumento inmortal de la divinidad del Cristianismo!

Curro Vargas.

CHARLA

—¿De modo que V. teme y porque teme no quiere introducir el periódico bueno en su establecimiento, ni siquiera permitir que figure en su biblioteca de instrucción y recreo?... Puede que en ella se encuentre mucho malo.

—Vea V.: si permito el acceso de ese periódico católico en mi industria, si lo consiento en mi biblioteca que no quiero ostente carácter ninguno tendencioso, vendrían enseguida los otros, los que no son católicos a exigirme también su entrada. Quiero paz, quietud en los ánimos, no quiero luchas que puedan ser cruentas.

—Perfectamente mal pensado. Puesto que hay alimentos malos, no comer nada y morir de hambre. ¿V. es católico?

—¿Lo duda V.? ¿No sabe que practico?

—Sí, veo que practica... *para su uso particular*. Que es V. muy religioso para V. solo sin que de ese bien que usted reconoce y disfruta desee que otros disfruten.

—Mi familia...

—Y los demás no son prójimos.

—Pero qué empeño tiene V. en meterme en compromisos.

—Me duele, se lo digo francamente, me duele que allí donde es preciso dar la cara defendiendo nuestras ideas, muchos que se precian de católicos dan la espalda. Eso es cobardía, respeto humano, todo menos lo que debiera ser. Fíjese V. en los contrarios, propagan sus ideales, sus doctrinas, oportuna é inoportunamente, se valen de todos los medios y recursos para introducir sus

folletos, libros o periódicos en todas partes, aunque sea en los centros más opuestos á su propaganda, dan la cara, hablan a éste, importunan a aquel, comprometen al otro con tal de colocar uno de sus periódicos allí donde saben que puede ser leído; y esto ¿por qué? Porque tienen fe en sus ideales y quieren hacerlos triunfar. Y en sus centros entra de todo lo que sea simpático a su causa, sin consentir por nada ni por nadie que aparezca en ellos ningún periódico católico. En cambio V. es católico, sabe lo que es y vale el catolicismo y, no obstante, rechaza donde más falta hace la prensa católica, para que no pida iguales derechos la contraria. ¿Es que han de concederse iguales preferencias a lo bueno que a lo malo? ¿Es que el error tiene tanto derecho a ser defendido como la verdad?

Nuestro deber de ciudadanos honrados, de buenos cristianos, de sinceros católicos, es el de proteger la verdad, propagarla, defenderla, si preciso es, hasta con nuestras vidas.

Allí donde se vea campo de acción apropiado para una buena propaganda, manos a la obra. Allí donde podamos combatir al error, ni un momento más de espera. El cristiano es un soldado de Cristo y por eso mismo nunca debe rehuir la pelea. Fuera bueno que porque no se molesten los malos o porque pudieran atreverse a pedirnos beligerancia transigiéramos y, ¡abajo las armas!

¡Que porque no entre la prensa mala en su industria, se cierre también la entrada a la buena! Fíjese V. bien que con esta medida los buenos se entristecen y los malos se alegran... ¡Por algo será! Es dé mucha satisfacción para los propagandistas del error ver que un católico obra como V. se propone obrar; pues lo que ellos dicen: con cobardes así, segura tenemos la victoria.

—No, si yo no lo hago... por cobardía... lo hago por... evitar disgustos, discusiones... un mal mayor... Aquí no sería su pretensión conveniente...

—Excusas sin fuerza ni razón. V. con su cargo puede hacer mucho bien y no lo hace. V. sabe, como le decía al principio, dónde está la verdad y el bien, y no los propaga. V. sabe que en otros centros como el suyo se hace con muy felices resultados lo que aquí V. no quiere hacer.

—Sí... ya... pero es que los contrarios también creen propagar la verdad e insistirán y me comprometerán...

—¿A qué? ¿A que admita V. a libre plática sus errores, a que les haga el mismo honor que a la verdad? Mas como V. sabe distinguir, prefiere y busca para sus subordinados lo que les es conveniente, no lo que les es perjudicial.

No hace muchos días se me lamentaba V. de esa propaganda sindicalista en el pueblo ignorante y sencillo que le están envenenando. Conoce V. perfectamente el contraveneno, tiene ocasión en su departamento, de prevenir el mal, de salvar a sus administrados de ese contagio tan fatal y no lo hace por consideraciones... fútiles; ¿qué diré que

es V? Voy a permitirme recordarle un ejemplo que leí no se en donde, pero que viene muy a cuento y acabará de convencerle de lo que yo deseo se convenza por su bien y el de muchos.

Usted y yo somos dos médicos. Hay fiebre en nuestros pueblos. Yo estoy equivocado y doy como remedio de calenturas estrignina. Usted sabe más y da quinina. Si yo me quiero meter en su partido, usted me lo impedirá con todas sus fuerzas y hará V. muy bien. En cambio V. deseará y pedirá que yo le permita meterse en mi partido, porque sabe V. que eso será un gran bien. Y si le preguntan ¿por qué quiere usted meterse en el partido del otro y no le permite V. á él meterse en el suyo? responderá: porque ese médico mata y yo sano.—Pues él piensa que sana.—Pero está equivocado.—Y si el equivocado es usted?...—Pero como no lo soy! responderá usted y con razón.—Pues entonces él tampoco le debería admitir a usted!—Cierto, respondería usted; si él cree que yo mato no me debe admitir. Pero como yo sé que está equivocado por eso procuro meterme.—Pues él procura que usted le admita a su vez.—Pues yo no se lo consentiré de ningún modo, ese es mi deber...

Ya lo sabe V., señor mío, ese es nuestro deber; luchar por la verdad, siempre, combatir al error siempre también

Nuevamente volvemos a recordar a nuestros suscriptores que aun nos adeudan el año de 1919, que no nos abandonen de esa manera. Su olvido nos ocasiona no pocos perjuicios en estos tiempos que tan subidos precios tenemos que soportar, sin contar para ello más que con la buena voluntad de nuestros favorecedores. También tenemos algunos que al darse de baja *no se acuerdan de abonarnos los meses que adeudan...* ¡Todo sea por Dios! ¿Qué pensarán de nosotros, que somos capitalistas?

La pluma del periodista, ¿qué es?

Es puñal que corta y hiere cuando la virtud olvida:
es manantial de aguas puras,
es bálsamo que suaviza,
cuando un sabio la maneja,
cuando un médico la aplica;
es espada de dos filos
cuando un guerrero la enristra.
Y por el odio inspirada
abre mortales heridas;
salpica con baba inmundas
existencias sin mancilla;
y cubre con negro velo
las famosas nombradías.
En manos del monje, es calma
de eternas alegrías;
en las del joven, es fuego;
en manos del poeta, es lira,
y en las del asceta, es néctar
de sublime teología.
Si la compasión la mueve,
si la caridad la inclina,
es para el pobre indigente
consuelo, sostén y guía.
Ella promueve campañas
que promover no osarían
naciones que son temibles
por sus fuerzas ofensivas.

Así, cuando yo la miro sobre la mesa tendida, pienso que duerme un titán, y que durmiendo medita. Misteriosa la contemplo emborronando cuartillas, que hábiles cajistas copian para que las prensas giman. Interesante aparece cuando lucha en la política, y derrumba ministerios con su fuerza siempre viva. Yo no sé que hallar se pueda en la senda de la vida cosa de igual apariencia con mayor filosofía. Por eso cuando la miro siempre dispuesta a la liza me espanta el poder inmenso de las gotas que destila.

I. C. L.

PLATICAS SOCIALES

VII.

Hoy me cabe la honra de hablar a queridísimos compañeros, y el temor grande de dirigirme también a quienes desde luego he de disgustar con mis palabras. El asunto es delicadísimo, de una importancia suma; yo ni con mucho me creo a la altura de él, pero esclavo siempre de la verdad y entregadas ha tiempo todas mis energías a la propaganda por el bien individual y social, no me fijo en la magnitud de la obra que se me encomienda ni busco el aplauso general a cualquier costa. Sirvo a Dios; cumplo con mi deber de periodista católico.

De la prensa voy a hablar hoy; del periódico, de esa mágica hoja de papel, que «si el aire juega con ella sobre el polvo del camino, basta para imprimir a un alma los movimientos con que vibra el alma del periodista, para hacer latir un corazón al unísono del suyo, para comunicar la luz de la verdad y el bálsamo del consuelo a una conciencia entenebrecida y lacerada» cuando no para inocular mortífero veneno capaz de destruir toda una generación. Hablo a periodistas; todos sabéis bien que «si la soberana del universo es la opinión, la soberana de la opinión es la prensa». Ella encauza o extravía, mueve o sujeta, impulsa o retarda. «El mundo moderno es la prensa», dejó dicho el insigne pedagogo D. Andrés Manjón. La experiencia de todos los días, nos está enseñando que el periódico es el evangelio de los que no creen en el Evangelio, y antes faltará en pobre hogar el panecillo para el almuerzo que el periódico del día, que sugestióna a altos y bajos, sabios e ignorantes, niños y mujeres, de tal modo que no piensan ni discurren muchísimos por cuenta propia, sino por su periódico. Por esto, señores, según la indole del periódico que cada cual ostenta, ya puede colegirse su modo de ser. Aquel joven, aquella joven van leyendo con marcada atención una hoja sicalíptica... ¡malos! ¿verdad, señores? Aquellos otros llevan «El País», «El Socialista», «El Imparcial», «La Correspondencia», «El Deba-

te», «El Siglo Futuro» etc., etc., y pregonando van también con ellos, sus simpatías, sus ideales que ya os previenen en contra u os infunden confianza.

No insisto acerca de estos extremos; periodistas sois y los conocéis aún mejor que yo. Sois, pues, los reyes del pensamiento, pero ¡ay! que este reinado es de los más responsables ante la sociedad y ante Dios!

La sociedad anda errante, perdida y poco menos que encanallada por culpa de una mala prensa. Examinad vuestras conciencias, periodistas que me escucháis, y ved si de esta culpa estais libres. ¿Habeis tomado el periódico como misión noble y santa o le considerasteis como vil comercio de pasiones, de errores, de ambiciones, de venganzas?...

Sois escritores asalariados del mejor postor, o apóstoles del bien? ¿Buscáis, con el trabajo de vuestras plumas, la destrucción del reinado social de Cristo o que Este impere en los corazones y en la sociedad? ¿Tomásteis el periódico como un *modus vivendi* a cualquier costa, o como un sacerdocio, como un sagrado ministerio quizás el más principal del presente siglo? En una palabra. ¿Pretendeis con vuestra labor de periodistas animalizar por completo la sociedad, infiltrándola instintos de bestia, o cristianizarla para que se salve?

Os reís algunos, lo veo; os creéis en el apogeo de la grandeza porque «vuestro negocio» se ha hecho, porque ya teneis lo apetecido: honores, riqueza, posición política, ascendiente indiscutible sobre las masas dóciles que os creen sus redentores... todo pasará y pasará en breve. Después de «vuestros cortos días» vendrá el día eterno del Señor y entonces ¡horror da sólo el pensarlo! Se os pedirá cuenta estrecha de los talentos que Dios os dió, de cuanto pensasteis e hicisteis, ¿Qué ha sido de tantos hermanos tuyos, de tantas almas redimidas con mi sangre y por tus escritos perdidas para siempre? ¿Así malograste los frutos de mi redención? ¿Puse en tus manos la pluma para que me ultrajases, para que de Mí blasfemas, para que, abusando de la libertad que te otorgué te convirtieses en un malvado? El mundo premió tu labor con sus efímeras grandezas. A Mí nada me corresponde ya pagarte. ¡Vete, maldito, al fuego eterno!

Tengamos, señores míos, mucho cuidado con la importancia de nuestra misión, que es de una responsabilidad terrible. Al coger la pluma, debiéramos temblar. Sus rasgos pueden contribuir y contribuyen en gran parte a la salvación o a la condenación de las almas. Lo estamos oyendo siempre: una buena lectura salvó de la desesperación a infinito número de desgraciados. Un mal periódico perdió a pueblos enteros, llevó al patíbulo a bastantes infelices.

Llevo muchos años trabajando en el periodismo católico, mas nunca llegué a tomar la pluma con indiferencia, sino siempre considerando las razones que en sus famosísimos versos expuso Ayalá. Tengo sobre mi mesa de escribir un magnífico Cristo en la cruz; a El miro

de vez en cuando, en El procuro inspirarme, para El anhelo trabajar, para El y por el bien de las almas. Reflejo fiel de este modo de pensar y practicar míos, es el periódico RELIGIÓN Y PATRIA que ya, gracias a Dios, es muy popular, y en esta labor y en esta difusión tengo las mayores alegrías de mi vida de cristiano. Sí; ya lo sé; ligera es la pluma del periodista, pero si se pone en el peso que el arcángel San Miguel tendrá en la mano, puede ser suficiente, por la bondad del Señor, para inclinar las infinitas misericordias y hacer bajar el perdón de las faltas. Breño, cuando se pesaba el rescate de la ciudad eterna, arrojó sobre uno de los platillos de la balanza su espada vencedora.

Queridísimos compañeros que habeis tenido la bondad de escucharme, animémonos con estos pensamientos que aquí en la tierra, bien lo sabéis, nos dan satisfacciones de conciencia, paz en el corazón, alegría en el alma y allá en el cielo nos dejarán oír del Justo Juez de vivos y muertos aquellas consoladoras palabras, sentencia de vida eterna:

Yo doy por recibido todo lo que hiciste por mis hermanos, que son los tuyos; cuando tenían el alma hambrienta y les facilitaste el pan de la verdad; cuando sentían el corazón sediento y les diste el agua de la justicia; cuando los liberaste de las prisiones de la ignorancia; cuando los vestiste con el vestido de las virtudes; cuando alumbraste los ojos de su entendimiento con la luz de la ciencia; cuando en las enfermedades de su espíritu les visitaron tus palabras de consuelo, y a sus heridas aplicaste el bálsamo de la resignación y de la esperanza, lo agradecí tanto como si Yo fuese el favorecido, como si a Mí me lo hubieras hecho, a Mí lo hiciste, *mihi fecistis*. Por eso mi Padre te bendice ahora y desde toda la eternidad te preparó un trono para que seas en el cielo rey.

A vosotros los que no militais en nuestro campo, unos víctimas del error y bastantes más, esclavos del estómago, sólo dos palabras: Cesad en vuestra labor que es de malvados; arrepentíos, aún estais a tiempo. J. O. F.

Nuevo procedimiento para hacer pan

Cortamos de una revista agrícola:

Un subintendente de Administración militar, francés, ha realizado un invento que puede tener consecuencias prácticas de importancia en la industria de la panificación.

Se trata de la transformación directa del trigo en pan, sin pasar por el intermedio de la fabricación de harina.

M. Pointe, que es el inventor del nuevo procedimiento, es director de la estación de Aubrais, y en tal establecimiento, ante la presencia del prefecto del Loiret, del representante del Sindicato agrícola y de las autoridades militares de la quinta región francesa, se han hecho las pruebas del nuevo método de panificación.

